



El espíritu de Guy

(Una obra sobre el Purgatorio)

Traducción e introducción de José Antonio Alonso Navarro

Introducción

El espíritu de Guy es la historia de un espíritu del purgatorio que se aparece en el lecho de su esposa para atormentarla por un pecado cometido en la alcoba. Suponemos que se trata de un infanticidio o de la realización de actos sexuales que habían sido condenados, incluso dentro del matrimonio, por la propia Iglesia Católica y por la doctrina de San Jerónimo. La mujer, acosada sin cesar por los ruidos y gritos del espíritu todos los días, y a todas horas, decide pedir ayuda al Prior de un convento cercano. El Prior acude a la casa de esa mujer junto con otros frailes (agustinos y franciscanos), clérigos, y sacerdotes diocesanos de gran valía intelectual en materia de teología y filosofía, y a partir de ese momento se establece un fecundo diálogo teológico y moral entre Guy, que así se llama el espíritu del purgatorio, y él. El espíritu le hace saber al Prior su historia a partir de su muerte acaecida en una ciudad del sur de Francia llamada Alés o Alais. El espíritu le informa que, por los pecados cometidos en vida, fue condenado por Dios a sufrir una penitencia en el Purgatorio Común, destinado a todas las almas universales, y en el Purgatorio Individual. El diálogo que se establece entre ambos personajes es, además, informativo, moral, y eminentemente didáctico. El espíritu le cuenta al Prior aspectos relacionados con el Purgatorio, con el tipo de almas que acuden allí, con los pecados que llevan hasta allí (como la soberbia, la avaricia, la lujuria, el perjurio, el asesinato, y la usura), con el tiempo de permanencia allí; y sobre todo, con la necesidad de cumplir con la penitencia impuesta para poder, finalmente, ascender a los cielos y gozar de la paz y felicidad espiritual en compañía de Dios, la Virgen María, los ángeles resplandecientes, y todos los santos. El poema hace énfasis en la importancia de las oraciones, misas, y limosnas ofrecidas por los vivos a los muertos como medio de aliviar el sufrimiento de las almas que están en el Purgatorio. A este respecto, surge un diálogo vital entre el Prior y el espíritu acerca de cuales son las oraciones más efectivas para ayudar en el menor tiempo posible a las almas del purgatorio a cumplir con la penitencia impuesta, a salir del purgatorio, y a ascender a los cielos. Se habla del Magnificat, del Benedictus, del Pater Noster, del Ave María, del Credo de los Apóstoles, del Réquiem, del Dirige, y del Placebo. El propósito fundamental del poema no es asustar a sus lectores como hicieron otros poemas de la época (siglo XIV) o anteriores (XI-XII) recogidos en la literatura de

Purgatorio o Visiones (como “La Visión de Tundal”), en el que se describen con todo lujo de detalles los sufrimientos y tormentos a los que se ven expuestas las almas que van al infierno o purgatorio, sino enseñar a los cristianos la importancia de evitar el pecado en vida y mantenerse en todo momento dentro del camino del bien y de la cordura, siguiendo las enseñanzas de Cristo en el proceder diario. El poema presenta un contexto moral en el que el Purgatorio se erige más como un lugar de esperanza que como un lugar de tormento y sufrimiento para las almas de los pecadores. El Espíritu de Guy hace referencia a algunos de los tormentos con los que ha de enfrentarse las almas pecadoras, como las llamas de un fuego ardiente que no se consume jamás, pero deja claro que el Purgatorio es un lugar de tránsito hacia la salvación, redención, y liberación final. El poema está inspirado en un texto escrito en latín llamado *De Spiritu Guidonis*. Se trata de un texto en primera persona escrito por el dominico Jean Gobi tras un encuentro mantenido con el espíritu de Guy en la ciudad de Alés o Alais, al sur de Francia, desde finales de 1323 al 12 de enero de 1324. El texto revela extraños sucesos ocurridos en el lugar de su aparición. El poema alcanzó una enorme popularidad en los siglos XIV y XV respectivamente. Existen al menos 60 versiones de ese texto: 36 en latín; 9 en inglés; 6 en francés; 4 en alemán; y 1 en italiano; 1 en sueco; 1 en irlandés; 1 en galés; y 1 en español. Las versiones en inglés incluyen 2 que utilizan pareados de 4 sílabas acentuadas; 3 que utilizan cuartetos; 3 en prosa; y 1 fragmento que recurre a un pareado de 5 sílabas acentuadas. El texto sobre el que he trabajado de cara a la traducción en español está basado en uno de los manuscritos que recurre al uso de pareados de 4 sílabas acentuadas y que fue escrito a mediados del siglo XIV en un dialecto del norte, probablemente de Yorkshire. Dicho manuscrito se conserva en la biblioteca Bodleian con el nombre de MS Rawlison Poet 175. El texto pertenece al género de “relatos de espíritus” cuyo propósito era servir de enseñanza o instrucción moral a los lectores u oyentes por medio de un espíritu que regresa del más allá para ayudar a los demás o para ayudarse así mismo, es decir, el poema pertenece a la tradición de relatos en los que los espíritus regresan temporalmente a este mundo como tránsito hacia la salvación y purificación de los pecados o para aconsejar a otros a vivir de manera más honesta y virtuosa. Las historias relacionadas con los espíritus del purgatorio comenzaron a hacerse muy populares a partir de los siglos XI y XII entre autores de renombre como William of Malmesbury; Geoffrey of Monmouth; Walter Map; Giraldus Cambresis; Beda el Venerable; y Gervase of Tilbury. El autor de la versión inglesa podría haber sido un loldo seguidor de John Wyclif. Y algunos relatos de visiones famosos incluyen: El Apocalipsis de San Pedro, el Apocalipsis de San Pablo, el Viaje de San Brendan, el Purgatorio de San Patricio, y las visiones de Furseus, Drythelm, Wetti, Carlos el Gordo, Tundal, el Monje de Evesham, Thurkill, y Sir Owain.

EL ESPÍRITU DE GUY

(Traducción de José Antonio Alonso Navarro)

San Miguel, el arcángel resplandeciente, y San Agustín, el insigne doctor, así como otros eruditos de mayor o menor rango, afirman que los hombres (en especial, los clérigos doctos) pueden obtener gran recompensa si se prestan a revelar sus enseñanzas a aquellas criaturas que carezcan de ellas y, sobre todo, si son capaces de ayudarlas a evitar el pecado y a ganar el cielo. Y San Pablo, el amado apóstol de Dios, nos enseña que: “Todo aquello que leen los clérigos en los libros sagrados, ha sido escrito para nuestro propio provecho” a fin de que podamos tomar ejemplo de ello salvando nuestras almas, evitando el pecado y conduciendo nuestras vidas tal y como aconsejan las Sagradas Escrituras. Y dado que Dios Todopoderoso desea que su grey en todo el mundo crea en las cosas venideras, en el Día del Juicio Final, y en cómo cada uno obtendrá su recompensa o castigo en virtud de sus actos, así pues nos revela aquí en la tierra su doctrina para que nos mantengamos firmes en nuestras creencias y en nuestra fe. Y de este modo, El habrá de guiarnos para que seamos puros y se nos conceda la Gloria Celestial.

Y así ocurrió que después del día de la Encarnación de Cristo, en el año 1323, según contaron los clérigos, tened esto por seguro, en Alais, una noble ciudad situada a treinta millas de Bayona, tuvo lugar el 20 de Noviembre el fallecimiento de un insigne ciudadano llamado Guy. Cuando el cadáver fue sepultado, su espíritu comenzó a sentirse fuertemente turbado, y con su esposa regresó de nuevo para atormentarla con gran pesar y causarla gran aflicción día y noche sin que ella pudiera verlo, haciendo toda suerte de ruidos y originando mucho alboroto a su alrededor. En verdad fue tanto el sufrimiento y dolor que provocó en esa mujer que ésta casi pierde la vida por ello. Así comenzó su tormento en aquel lugar al octavo día de la muerte de su marido. Pero ella no sabía a ciencia cierta si aquello que pretendía acabar con ella se trataba realmente del espíritu de Guy o del propio demonio.

Después de aquel suceso se fue un día a ver a los frailes que predicaban en aquella ciudad, todos ellos hombres de vida honesta y virtuosa, y al Prior le refirió cómo ocurrió todo aquel portento el día de San Juan, el tercer Día después del Nacimiento de Cristo. Le contó con todo detalle la manera en la que fue acosada en su casa por aquel espíritu tras la muerte de su marido, y cómo ella esperaba de corazón que se tratase del espíritu de su señor Guy, pues era en los aposentos de éste, allí donde solía pasar muchas horas en vida, donde pudo escucharle con frecuencia, y donde vio agitarse su lecho en más de una ocasión; aquel mismo lecho en el que ella y él, Su señor, yacieron cumplidamente. “Así pues”, le confesó al Prior, “No me atrevo a

acercarme ya a esa casa, y por ello he venido hasta aquí, para pedirlos consejo y para preguntaros qué hacer en este caso.”

Cuando el Prior escuchó todo esto, su corazón se apesadumbró enormemente, pero para no asustar a la mujer, le dijo así: “Señora, no temáis nada, pues saldréis pronto de este apuro, y tampoco os asombréis de ciertas cosas que suelen sucederle a los hombres y a las mujeres, pues, como saben los clérigos, Dios es magnífico en sus obras, y bien sé que pronto habrá de conceder su ayuda a sus amados fieles, tal y como habrán de saber los seres humanos algún día. Por lo tanto, señora, no os pongáis triste, alegraros y quedaros aquí. Ahora iré sin demora a ver a mis hermanos para pedirles ayuda en este caso, pues, en verdad, es mejor aceptar el consejo de muchos hombres inteligentes que el consejo de uno solo, pero no tardaré en volver, señora”. Seguidamente comenzó a tocar la campana del capítulo con el fin de reunir a todos sus hermanos, y tan pronto como los tuvo delante, les expuso el caso referido por la mujer, y les rogó que le dijeran la manera de proceder ante el mismo. Todos ellos escucharon la historia con suma atención y decidieron de común acuerdo que el Prior debería ir cuanto antes, acompañado de dos hermanos expertos en sus respectivas disciplinas, a ver al alcalde de aquella ciudad para referirle este suceso y rogarle, si estuviera de acuerdo en ello, que prometiera que algunos hombres los acompañasen a la casa de Guy, que había muerto recientemente, para que viesen los portentos que allí estaban teniendo lugar, para que fuesen testigos de los actos del difunto, y para que los protegiesen si fuera necesario. La mujer se alegró mucho de oír aquello.

Cuando el alcalde hubo escuchado aquel relato convocó a doscientos hombres y los armó de pies a cabeza, y les ordenó que acompañasen al Prior, y que acatasen con obediencia todo aquello que éste les ordenase, lo que hicieron sin reparo y de buen grado. El Prior les ordenó que se confesaran en seguida, escuchasen la Misa con devoción, y estuvieran listos para partir lo antes posible. Luego ofició el Prior una Misa de Réquiem por las almas de todos los cristianos, recordando a Guy y rogando por él de manera especial. Y aquellos que quisieron recibir la Eucaristía, la recibieron teniendo a Dios en el corazón para que el diablo no fuera capaz de amedrentarles, ni de causarles mal alguno. Después, sin que nadie lo supiera, y con la mejor intención, el Prior guardó en secreto el cuerpo de Cristo en una cajita que ocultó bajo sus ropas. Seguidamente, él y sus dos hermanos se dirigieron a la casa de Guy; luego ordenó a los hombres armados que se colocasen por todos los lados alrededor de la casa para que pudieran ver lo que allí sucediera en adelante. A algunos los colocó junto a las ventanas, a otros junto a la puerta portando armas afiladas y pesadas, hubo a quienes los colocó en los jardines, y a los que colocó encima del tejado de la casa, siempre tres hombres a cada lado en honor de la Trinidad.

Y cuando ya estuvieron colocados del todo, les ordenó que no se movieran de allí. Al entrar en aquella casa dijo en seguida: “Pax huic domui!”, que quiere decir: “¡Que la paz habite siempre en esta casa!” Y comenzó a echar agua bendita por toda ella, mientras recitaba el “Vidi aquam”, y el “Veni, Creator Spiritus” junto con las

oraciones: “Deus, Qui corda fidelium” y “Asperges me”. Luego procedió a llamar a la mujer de inmediato, la cual acudió llorando amargamente para decirle: “Señora, conducidme al lugar del portento, y a la cama donde murió Guy”. La mujer estaba trastornada y fuera de sí, temblorosa y llena de miedo, pero como pudo consiguió llevar al Prior hasta ella al tiempo que le decía: “Señor Prior, antes de que os marchéis, os ruego que por vuestro amor hacia mí, y como un acto de caridad, pidáis y roguéis en esta pieza por el alma del noble Guy”. Entonces el Prior dijo: “Dominus Vobiscum”, y sus hermanos le respondieron al unísono. Después comenzó a recitar el primer Evangelio de San Juan, que los clérigos llaman “In Principio”.

Cuando terminó de recitarlo, se sentaron todos en un banco junto a la cama, y se pusieron a recitar las oraciones propias de los difuntos: El “Placebo” y el “Dirige”, y después los Laúdes acompañados de los siete Salmos de la Letanía de los Santos y el “Agnus Dei”. Más adelante, uno de los hermanos, que tenía una voz débil e infantil, dijo titubeando: “Amen”. Huelga decir que todos allí estaban muy asustados. Seguidamente, el Prior dijo: “Yo os ordeno, criatura invisible, por el poder de Nuestro Salvador, Dios Todopoderoso, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, que fueron, son, y serán por siempre, que me respondáis, si podéis, a todo aquello que yo os pregunte.” Entonces se escuchó una voz potente que dijo así: “Prior, preguntadme sin demora lo que deseáis saber, y os responderé lo mejor que pueda”. Los hombres armados que estaban apostados a la entrada de la casa escucharon esa misma voz, y portando sus armas en la mano, a los aposentos de Guy acudieron corriendo, creyendo que allí encontrarían un ser espectral. Sin embargo, allí nada vieron ni hallaron. El Prior les rogó que se calmaran, y después volvió a dirigirse a la voz preguntando: “¿Sois un espíritu bueno o malo?” La voz respondió con calma: “Soy un espíritu bueno, os lo puedo demostrar poniendo por testigo a las Sagradas Escrituras: Cuando Dios creó todas las cosas, y las contempló una a una, las halló magníficas, pues todo lo que había creado era hermoso, y ya que yo soy una de sus obras, me considero, por lo tanto, un espíritu bueno. También os diré que yo soy el espíritu de Guy, y que soy un espíritu bueno por naturaleza, pero por mis actos en vida soy malo, por lo cual se me está castigado ahora.”

El Prior no tardó en responder: “En eso que decís no os doy la razón, y os diré por qué. Vos decís que sois un espíritu malo, y que por ello se os está castigando, pero yo afirmo que todo castigo es provechoso, siempre y cuando éste posea un buen fin de acuerdo con la voluntad de Dios, como cuando se castiga a quienes no cesan de pecar en la tierra. Por consiguiente, ni el castigo está de más, ni vos sois malo.” A esto le respondió el espíritu de Guy: “Acepto que todo castigo es provechoso para quienes han pecado aquí en la tierra ya que procede del buen juicio, y del claro entendimiento de Dios, pero es doloroso para quienes lo reciben. Mi castigo me resulta insostenible puesto que recae en mí y no en ningún otro. Y dado que se me inflige tanto dolor por causa de mis pecados, esta es una verdad como un templo, podéis considerarme un espíritu malo hasta que purgue todos mis pecados.” Fue el turno del Prior: “Responded con claridad o marchaos. ¿Quién fuisteis en vida?” Y la voz dijo en

seguida: “Os lo dije antes. “Yo soy el espíritu de Guy. Y antes de morir, no hace mucho, fui el señor de esta casa.”

El Prior respondió: “Entonces creo justo deciros que no sois un ser malvado a pesar de haber causado tanto daño a vuestra esposa y a vos mismo, dado que en vida Guy se comportó con nobleza, como un hombre honrado, y se mantuvo siempre leal a sus principios al igual que lo está haciendo su esposa ahora. Y aunque por causa de estos portentos que estáis llevando a cabo dirán ahora los hombres en todas partes que Guy fue un hombre malvado toda su vida por atormentar a su esposa en la creencia, como ignorantes, que los hombres malvados suelen deambular en vida después de muertos, también yo digo que como Guy fue siempre un hombre bueno, vos, por lo tanto, no sois malo.” La voz respondió entonces: “Yo no soy malo ni con mi esposa ni con Guy. Para probar esto, señor, os contaré en seguida mi historia con palabras que no habréis de olvidar. Si vos hubieseis dado a un hombre un abrigo, una caperuza, o cualquier otra vestimenta, y él, tras tomar para sí tales prendas hubiera, en lo bueno y en lo malo vivido y muerto amándoos solamente, ¿No hubiera él actuado de buena fe?” El Prior contestó: “Así es, en efecto.”

La voz prosiguió de nuevo: “Señor, en verdad os diré que mientras yo habité en el cuerpo de Guy, sólo me sirvió para poder vestirlo, pues dicho cuerpo, que era mortal, se inclinó hacia el pecado, y debido a los males que cometió, y por todos sus actos pecaminosos, estoy siendo castigado ahora. Ya dicen las Sagradas Escrituras que los deseos de la carne son contrarios al alma, y si yo no estuviera cumpliendo una penitencia, entonces tanto Guy como su alma, recibirían con toda certeza castigos infinitos en el fuego del infierno mientras son rodeados por muchos demonios, pues todos los hombres, por sus pecados en mayor o menor grado, han de sufrir en la tierra, en el Purgatorio o en el infierno, una penitencia. Sin embargo, el cuerpo de Guy no está padeciendo sufrimiento alguno. Yo, su espíritu, soy quien está siendo castigado para que ambos podamos salvarnos algún día. Y después, cuando alcancemos la gloria celestial, el gozo que yo reciba lo recibirá él, pues tanto en cuerpo como en alma, habremos de permanecer siempre juntos. Esto es algo por lo que habrá de pasar toda la humanidad llegado el momento. Y para que quede claro, puesto que yo, como espíritu, estoy padeciendo terribles tormentos, no estoy siendo malo con él. También decís, señor Prior, que yo perturbo a Guy acosando y causando alboroto, pero yo os digo que esto no es verdad. El alboroto y el acoso no hacen sino provocar el mal o albergar malas intenciones. Quienquiera que lo provoque debe pagar por ello. Como afirma Dios en las Sagradas Escrituras: “El alboroto causa dolor en el vecino”. Por lo tanto, en lo que a mí respecta, yo no le causo mal alguno a Guy. Por el contrario, mis palabras tienen el propósito de aliviarlo a él y a las otras almas que sufren. Esto podéis verlo, señor, vos mismo. Ved como todos los habitantes de esta ciudad han acudido a toda prisa a esta casa para rezar por Guy y a pedir a Dios que lo libre de todo mal, al igual que lo habéis hecho vos y vuestros hermanos. En sus oraciones aquellos rezan también por otras almas, y no olvidemos que las oraciones de unos ayudan a otros, y que gracias a ellas, aquellos que están vivos serán absueltos más pronto de sus pecados

tras cumplir una dura penitencia, evitándose que sufran después. Así pues, yo no perturbo ni a la esposa de Guy ni al cuerpo de éste. Esto que os digo no es sino para vuestro propio provecho.”

El Prior preguntó entonces: “¿Cómo puede ser pecador un hombre que, después de su muerte, se confesó y fue absuelto de sus pecados, obró siempre bien en vida, fue devoto de la Santa Madre Iglesia, y recibió todos sus sacramentos?” La voz respondió así: “Cuando los hombres han muerto, aunque se hayan confesado y hayan sido absueltos de sus pecados, como suele ser lo normal, éstos siguen siendo pecadores allí donde van, y, por lo tanto, están condenados para toda la eternidad y destinados a sufrir por sus pecados hasta el día en que éstos estén libres de pecado. Este es mi caso, pues en vida me confesé y fui absuelto de todos mis pecados, y aún así, con toda certeza, yo soy malo y pecador hasta que haya cumplido mi penitencia. Y como puede leerse en los libros sagrados, es menester que la penitencia sea proporcional a los pecados cometidos. De modo que yo os digo que no basta que los hombres se confiesen y sean absueltos de sus pecados de corazón y mente. Es necesario que cumplan con acciones la penitencia que se les haya impuesto. Y aquellas acciones que no podamos cumplir antes de nuestra muerte, habremos de cumplirlas en el purgatorio. Algunos clérigos han demostrado que un día de penitencia en vida nos libraré de un año de sufrimiento en el purgatorio, afirmando que un día de penitencia en el purgatorio es como un año de penitencia aquí en la tierra. Es bueno que los hombres se confiesen y sean absueltos de sus pecados, pero también es bueno que cumplan su penitencia en vida.”

Después de hablar así el espíritu de Guy, el Prior quiso saber si aquel había conocido a alguien que se hubiera salvado o condenado en los lugares donde había estado. La voz respondió diciendo: “No es voluntad de Dios que yo revele tales cosas y os diré por qué. Todos aquellos que moran en el purgatorio están destinados a gozar de la dicha celestial, pero no puede ninguno de ellos afirmar tal cosa a menos que estén dispuestos a jurar que ya han gozado de ella por experiencia propia. Y nadie podrá jurar que ha gozado de la dicha celestial a menos que haya estado en el cielo o en el infierno y haya visto las delicias del primer lugar o los tormentos del segundo. Sólo quien haya estado en uno u otro lugar podrá decir la verdad de lo que haya visto. Y dado que yo soy el espíritu de Guy y sufro en el purgatorio, Yo os digo que no puedo ver las almas que están en el infierno dado que nunca he estado allí ni nunca estaré. Tampoco puedo ir al cielo hasta que esté limpio de pecado. Por lo tanto, no puedo decir a quienes se han salvado y quienes han sido condenados para siempre.”

Después el Prior con muchas ganas habló así: “Creo que no decís la verdad; que sois falso y un mentiroso; que son mentiras todo lo que decís. Os lo puedo demostrar. Conocemos muy bien, gracias a las Sagradas Escrituras, las cosas que revelaron los Profetas en el campo y en la ciudad acerca de la Encarnación de Cristo, acerca de cómo habría de hacerse carne y sangre dentro de María, dulce doncella, y acerca de cómo moriría en la tierra para resucitar después. Y sin embargo, aquellos profetas jamás vieron a Jesús. Y ya que fueron ellos, hombres de carne y hueso, quienes

profetizaron tales cosas sin verlas y fueron capaces de enseñarlas a otros hombres, creo por ello que un espíritu como vos debería poder revelar mucho mejor que alguien de carne y hueso todo aquello que os estoy preguntando. Así pues, deberíais saber quienes están siendo atormentados y quienes están gozando de la dicha celestial.”

La voz le respondió: “Señor Prior, vuestras palabras son ilógicas. No tiene sentido comparar los Profetas del Antiguo Testamento con las almas del purgatorio. Mientras los Profetas vivieron en la tierra, estos recibieron de manos de Dios, de sus resplandecientes ángeles y del Espíritu Santo, el don de predecir y revelar, antes de que sucedieran, hechos de menor o mayor envergadura. Este don les fue otorgado por esa razón, para que pudieran revelar mejor a los legos el nacimiento de Cristo y para que éstos últimos pudieran ver acrecentada su fe. Y ya que sus palabras procedían de Dios, los hombres los creyeron de mejor grado. A mí se me ha enviado al lugar donde estoy ahora por un determinado espacio de tiempo con el objeto de cumplir mi penitencia a causa de mis pecados hasta que Dios se apiade de mí. Y escuchad bien esto, Señor Prior, yo no puedo ver a los ángeles, solo puedo ver a quienes me custodian y a mí no me dirán nada que sea verdad hasta que sea redimido de mi castigo. De modo que os digo de nuevo que no sé quienes gozan de la gloria celestial y quienes sufren los tormentos del infierno.”

El Prior dijo en seguida: “Os reconoceré por vuestras palabras. Decís que ningún espíritu puede revelar quienes serán salvados y quienes serán condenados, mas los libros sagrados, tened esto por seguro, dan testimonio de que los demonios han hablado algunas veces con algunos hombres y les han revelado, tras haberlos visto, quienes se habían salvado y quienes se habían condenado.” La voz le respondió lo siguiente: “Ni los espíritus que están condenados a sufrir ni los demonios que habitan en el infierno tienen la potestad para revelar a ningún hombre en la tierra los asuntos velados del cielo a menos que así lo quieran Dios o los ángeles. A mí nada se me ha revelado de modo que no sé cómo es el cielo ni cómo son los asuntos de los demonios. Lo que sé es que el sufrimiento de las almas que moran en el infierno es mayor que el mío, pues yo espero algún día gozar del cielo y ellas no podrán ir allí jamás.” Tras escuchar tales palabras, el Prior preguntó lo siguiente: “Os lo ruego, decidme, ¿En qué lugar estáis?” La voz le contestó de inmediato: “Yo estoy en el purgatorio.” Entonces dijo el Prior: “Vos habéis dicho que el purgatorio se halla aquí en la tierra y que al igual que vos estáis purgando vuestros pecados, también lo están haciendo muchas otras almas. Los hombres, en efecto, llaman purgatorio al lugar donde todas las almas purgan sus pecados, ¿Pero puede decirse entonces que el purgatorio está siempre aquí en la tierra?” La voz le respondió de esta manera: “Existen varios purgatorios: Uno que es común para todos los hombres y otro que es individual para cada hombre.” El Prior dijo: “Eso es mentira. No creo que un alma pueda castigarse en dos lugares al mismo tiempo, pues mientras se castigue en uno, no podrá ser castigada en el otro.” La voz dijo: “Todo lo que os digo es verdad. No os miento. Yo estoy aquí, ¿No? Dios desea que durante el día yo esté en un purgatorio individual, donde sólo a mí se me

inflija toda suerte de castigos y durante la noche en un purgatorio universal, donde hay otras almas que padecen castigos insoportables.”

El Prior le respondió: “¿Podéis decirme dónde se halla el purgatorio universal para todas las almas, allí donde decís que recibís tantos castigos?” “En el centro de la tierra”, respondió la voz, “Allí se encuentra el lugar que ha sido reservado para nosotros.” Y el Prior le respondió: “No puede ser lo que decís. Os lo voy a demostrar por la fuerza de la razón. El centro de la tierra está ubicado en un punto y el purgatorio en otro. Ambos lugares no pueden estar en el mismo sitio. Así pues, yo digo que habéis errado al respecto. Si el purgatorio, donde habitáis, estuviera en el centro de la tierra, que es donde decís que está, entonces habría dos lugares diferentes en un mismo sitio, y tal cosa no puede ser porque no se ha dispuesto de esa manera. La voz contestó al momento diciendo: “Se ha dispuesto que los lugares sean de orden material o espiritual. El alma es espiritual ya que no permanece por mucho tiempo en un lugar material y actúa como una entidad independiente cuando el cuerpo del hombre muere. Y sin embargo, el cuerpo envuelve tanto al alma como a uno mismo sin que pueda hablarse de dos lugares distintos. Considerad también en cómo la lluvia, el aguanieve, el granizo y la nieve pueden coexistir y converger en el aire. Y no obstante, cada elemento sigue su propio curso natural. Así es el lugar en el que se nos está castigando.”

El Prior preguntó entonces: “Decidme, ¿Porqué se os está castigando en el purgatorio?” “Por causa de mis pecados”, Respondió la voz, “pecados que confesé y por los que se me absolvió, pero por los que no hice la penitencia encomendada en vida. Por consiguiente, en el purgatorio tendré que cumplir mi penitencia hasta mi redención.” El Prior preguntó de nuevo: “Decidme, ¿Qué es lo que más turba al hombre en el momento de la muerte?” “La voz respondió: “Lo que más llega a turbarle es la visión de los demonios espantosos que han de acompañarlo en ese trance y que habrán de rodearlo en todo momento con sus cuerpos horriblemente desfigurados y cuyas muecas y rechinar de dientes lo harán perder el juicio mientras se expongan ante él todos los pecados cometidos en su vida. Los demonios utilizarán cualquier medio para atormentarlo y someterlo.”

El Prior dijo: “Me complacería saber si existe algún remedio para poder combatirlos a la hora de la muerte.” La voz respondió: “Existen hombres para los que no existen ni esperanza ni remedio de ninguna clase. Si se da el caso de un hombre que lleva una vida de pecado y no desea confesarse, ni que sus pecados sean absueltos ni quiere arrepentirse en su corazón de sus actos impuros, entonces su ángel acudirá a él para revelarles cómo Cristo sufrió tan amargamente en la cruz y cómo murió por él. Eso servirá para reprobar sus obras y para mostrarle su maldad en la tierra, por haber prestado oídos a los malos consejos menoscabando los sacramentos de Dios y por no haber confesado sus pecados, pecados que gozó y paladeó hasta el final. Y cuando se revelen sus pecados, entonces los demonios comenzarán a chillarle, a amenazarle con todas sus fuerzas y a decirle: “¡Venid ya, miserable criatura!” Y después se lo llevarán

al infierno para que viva allí para siempre en constante sufrimiento. Pero si se da el caso de un hombre que desea purgar todos sus pecados, se confiesa de ellos por completo, es absuelto y cumple con los sacramentos uno por uno, mas no llega a terminar su penitencia en el momento de su muerte, entonces su ángel de la guarda le dirá: “No os preocupéis por nada. Yo os protegeré y evitaré que los demonios os causen mal alguno.” Y a los demonios les dirá de esta manera: “Vosotros, demonios malvados, marchaos, pues nada tenéis que hacer con este hombre.” Y los demonios le contestarán: “Ese hombre nos pertenece en justicia.” Y seguidamente le mostrarán todos los pecados cometidos en su juventud y en la vejez desde que tuvo uso de razón. Y dirán: “Este hombre pecó así y asá. Por lo tanto debe morar con nosotros.” Su ángel de la guarda se mostrará contrario y dirá: “El fue un pecador, bien lo sé por lo que habéis dicho, pero él ha sido redimido, os lo aseguro, pues confesó sus pecados, fue absuelto y limpiado de todos ellos, cumplió con los sacramentos uno por uno y fue castigado por sus malas acciones. Será llevado ante el fuego purificador, que terminará de redimirlo y de salvarlo ayudado por la sangre de Cristo, que se interpondrá entre él y vosotros, y actuará de escudo y de lanza evitando que le hagáis daño con vuestras flechas. La mano de Cristo y su costado, que recibió terribles heridas, se interpondrá entre él y vosotros para defenderlo de vuestra maldad, y el rostro de Cristo que fue abofeteado, se interpondrá entre él y vuestros rostros para que no pueda veros y para impedir que sea humillado. El cuerpo de Cristo en la cruz será su mejor armadura de modo que no podréis causarle mal alguno. Y todos los miembros del bondadoso Jesús, que por todos los hombres sufrió en ella, limpiarán sus pecados. El alma de Cristo, como bien sabéis, que padeció amargamente por los hombres, purgará, además, todas sus culpas para que en él no queden rastro de ellas, para que no sea atormentado ni tenga que sufrir más que el purgatorio, que es un lugar pasajero. Allí habrá de cumplir su penitencia por un tiempo hasta que sea purificado del todo y pueda marcharse después con nosotros para vivir en la gloria eterna.” Y así se ha dispuesto la Pasión de Cristo para el hombre, para que sea protegido del demonio cuando tenga que abandonar este mundo. Así que es menester que tenga presente siempre, si es devoto, la Pasión de Cristo. Sin embargo, el hombre podrá también obtener ayuda de la dulce María. Si por ella éste ha hecho cualquier cosa podrá pedirle ayuda con toda seguridad, y ella, sin demora, se la prestará en el momento de mayor necesidad, que será el día de su muerte. Y si el hombre, antes de su partida de este mundo, se confiesa de sus pecados y es absuelto de ellos, como dije anteriormente, entonces esa bendita mujer estará más dispuesta aún a socorrerlo en dicho trance y protegerlo de todos los demonios. A estos últimos les hablará de esta manera: “Madre y doncella soy a la vez de Jesús, que es hijo mío y Dios Todopoderoso, en el cielo he sido coronada Reina y Señora de toda la tierra así como Emperatriz del infierno, donde vosotros y otros demonios iguales a vosotros habitáis. Como Reina del Cielo, a mi hijo pediré que decrete, por su amor a mí, que este hombre permanezca en el purgatorio hasta que sea purificado de todos sus pecados y pueda llevármelo después al cielo. Como Reina de la tierra ordeno, en virtud de la voluntad de mi amado hijo, que cada ruego y oración que se diga en este mundo, que cada limosna que se de, que cada misa que se oficie redunde en provecho suyo. Ordeno que tales obras y misas sirvan para reducir la

penitencia que se le haya impuesto por los pecados que haya cometido por vuestros engaños. Y como la emperatriz del infierno, habré de poner fin a vuestro poder. Yo os ordeno, pues, que os marchéis y que dejéis de acosar a este hombre, que se puso al servicio de mi hijo.” Y cuando termine de hablar así María, todos los santos del cielo se reunirán con ella y con Jesús para rezar: “Señor Jesucristo, Dios Todopoderoso, Padre celestial y compasivo, tened piedad de este hombre que es hermano carnal nuestro, y ya que descendisteis del cielo para sufrir por el hombre, apiadaos de él.” Así es como se salvará el alma del hombre y su ángel de la guarda lo conducirá al purgatorio para reparar sus faltas y cuidará de él hasta que haya cesado su tormento. En cuanto a los espíritus perversos, estos irán al infierno para sufrir terriblemente. De este modo, gracias a las oraciones y limosnas que los hombres ofrecen en la tierra, gracias a la sangre y sufrimiento de Cristo en la cruz y gracias a las oraciones de los santos, puede ayudarse al hombre a la hora de la muerte y cuando haya de ser conducido al fuego purificador.”

El Prior le preguntó si el hombre podría ver a Jesucristo, a María, su madre, o a los santos a la hora de dicho trance. La voz le respondió: “No, tan solo aquellos que sean tan santos que no necesiten purgar sus pecados en el purgatorio. Sólo esta clase de hombres podrá verlos con toda nitidez. Desde luego los pecadores no los verán.” El Prior dijo: “Entonces creo que ahora os burláis de lo que dijisteis anteriormente, pues vos dijisteis que Cristo, María, y los otros santos que están en el cielo, están dispuestos a rogar por el hombre con voz dulce. Esto significa que el hombre puede verlos a la hora de su muerte.” La voz contestó: “Jesús, María, y los otros santos están siempre a su lado en dicho momento en su forma original, os lo aseguro, mas el hombre no los verá jamás. La razón es que dado que el gozo más grande en el cielo es la contemplación de Cristo, tal como es, en su esencia divina, los hombres no necesitarán contemplarlo cuando mueran, sino sólo cuando estén finalmente en el cielo. Así se ha dispuesto.” Entonces el Prior le preguntó si los espíritus, que habían ido a aquel lugar, podían conocer las obras u oraciones que se habían hecho por ellos.

La voz respondió: “Si.” Después preguntó el Prior: “¿Podéis decirme ahora a quién dediqué la misa de hoy?” La voz respondió sin dilación: “Hablasteis del Espíritu Santo”. El Prior contestó: “Como sospechaba, no sois sincero, no decís la verdad, puesto que en la misa de hoy oficié un Requiem por las almas de Cristo que sufren.” La voz le respondió: “Sé que, antes de mi presencia, oficiasteis un Requiem, mas yo os digo que dedicasteis la misa a hablar del Espíritu Santo. Tomad en cuenta lo siguiente: Es costumbre en cualquier país que si un hombre, ya sea joven o anciano, desea preguntarle a otro hombre alguna cosa, el interrogado se aferrará en su discurso a lo que más cerca tenga en su corazón. El mismo Dios dice en el Evangelio: “Ex habundancia cordis os loquitur”: La boca profiere palabras sabias de la abundancia de corazón. También yo os digo que en mí redunda en mayor provecho y perfección que la misa se dedique al Espíritu Santo y a la Trinidad, pues tales misas me hacen mucho bien, en especial la que se oficia en honor del Espíritu Santo. Así pues, pienso que dedicasteis la misa al Espíritu Santo, no os miento. Y ahora considerad que mientras

viví en la tierra en carne y hueso, puse todo mi empeño e ingenio en pecar incontables veces en lugar de adorar y honrar a Dios. Dado que de su gracia procede toda la fuerza que los hombres disponen en vida y dado que todas las malas acciones que proceden del poder o la fuerza del hombre atentan contra el Padre, en cuyo seno se concentra todo el poder, tal como atestigua David en el Salterio: “Omnia, quecunque voluit, Dominus fecit”, el Padre hace su voluntad tanto en el cielo como en la tierra, y a Cristo, su Hijo, le otorgó el don del discernimiento de día y de noche. Por lo tanto, pecan contra el Hijo de Dios quienes malgastan en vano su inteligencia poniéndola al servicio de los bienes mundanos y pensando sólo en las riquezas en lugar de pensar en Cristo, el Hijo de Dios, que sufrió amargamente en la cruz por la salvación de ellos. De igual modo yo actué, pues al concederse al Espíritu Santo toda la gracia y todas las virtudes, contra Él yo también pequé muchas veces cuando desperdiqué los dones que me otorgó en lugar de honrarle dentro de mí. Sus dones usé para pecar, para convertir las virtudes en vicio, y para comportarme con gran desatino e imprudencia. Por consiguiente, debo reparar ahora mis pecados ante la Trinidad. Mi ángel de la guarda me ha enseñado las oraciones y las misas de la Trinidad, las cuales pueden serme de gran ayuda. De manera que dado que he pecado mucho contra los dones del Espíritu Santo, codiciando más riquezas de las que me fueron concedidas o prometidas por su bondad, y dado que es menester que yo repare esta conducta pecaminosa, toda misa que se oficie en honor del Espíritu Santo habrá de aliviar mi sufrimiento. Por lo tanto, de nuevo os digo, Señor Prior, que hoy oficiasteis una misa en honor del Espíritu Santo. En el oficio que hoy dedicasteis, según confesión vuestra, a todas las almas de Cristo, rezasteis con suma devoción una plegaria al Espíritu Santo, que, con toda certeza, alivió mi dolor más que ninguna otra. Como esto fue así, os digo otra vez que Vos oficiasteis una misa en honor del Espíritu Santo, y que sois vos quienes erráis en lo que decís.”

El Prior le preguntó entonces por el número de almas, ya estuvieran éstas vivas o muertas, por las que podía rezar cada día un sacerdote en misa, de manera que todas ellas pudieran beneficiarse de ello por igual. La voz le respondió que el sacerdote rezaba en misa cada día por todas las almas para que todas ellas pudieran beneficiarse igualmente en virtud del Santo Sacramento. Y añadió: “Y escuchad bien esto que os digo, después de haber sido denunciado por los judíos, Jesucristo fue sacrificado en la cruz. Allí murió y ofreció el espíritu a su Padre Todopoderoso, no sólo por los pecados de un sólo hombre, sino por los pecados de todos los hombres. De la misma manera, en cada misa el sacerdote ofrece a Cristo que, como saben los clérigos, es, de igual modo, divino, con el fin de redimir a todos los cristianos. Por lo tanto, la misa puede dirigirse tanto a una sola alma como a todas las almas en Cristo, esto es, es posible abarcarlas a todas. Esto os lo puedo demostrar por la razón. Los hombres son capaces de distinguir muy bien entre las cosas terrenales y las cosas espirituales. Cuanto más dividáis las cosas terrenales en varias partes, menos partes tendréis siempre. Esto lo podéis ver mejor si cogéis una manzana y la dividís en varios trozos. Al final os quedaréis con una parte muy pequeña de la manzana. Todo lo contrario sucede con las cosas espirituales, que están creciendo siempre. Esto podéis entenderlo mejor por

medio de la razón. Si tomáis una oración como el Pater Noster y la dais a conocer entre los cristianos, veréis que en vuestro interior permanecerá buena parte de ella y cuanto más la enseñéis, mejor la entenderéis. Así ocurre con la misa y las oraciones. Éstas poseen mayor valor si están destinadas a varias almas, tanto a las de los vivos como a las de los muertos.”

El Prior respondió: “Las Sagradas Escrituras dan testimonio de que las almas, sin ninguna duda, son siempre redimidas y libradas de su dolor gracias a las oraciones y a las obras especiales hechas por amigos en provecho de ellas. Tales amigos pueden hacer más por una sola de esas almas que por todas ellas en su conjunto. Por eso creo que ocuparse de un alma solo es mejor que ocuparse de todas ellas en general. Así es como mejor podrá ayudarse.” La voz respondió: “Cada sacerdote que oficia una misa habrá de cumplir con dos cosas: Primero rezará especialmente por su amigo más apegado, para que Dios lo libre de todo mal y después comenzará a rezar por el siguiente en la lista de modo que cada uno de ellos pueda recibir provecho de la misa. No obstante, aquel a quién esté dirigida la misa de manera especial, recibirá mayor alivio durante su penitencia. Así es como un pariente amigo, que vive aún, me ha estado ayudando para que mi sufrimiento fuera menor durante estos cuatro años que he permanecido en el purgatorio por mis pecados, tal como me fue impuesto. Se trata de un primo mío a quién conocéis bien. Un pobre pero honesto fraile a quién ayudé durante cinco años, cuando estudiaba en la universidad. El no ha olvidado la ayuda que yo le presté entonces; ayuda que ha redundado en mi propio provecho. Ahora él me tiene presente en su recuerdo como el que más. Por todo ello, en todo ese tiempo, he estado recibiendo alivio en mi dolor. Por Pascua habré cumplido mi penitencia por fin. Ni un día más ni un día menos. Si venís aquí de nuevo por esas fechas y no escucháis mi voz, entonces tened por seguro que habré ido al cielo.” Y tal como prometió sucedió así. Por Pascua el Prior acudió al mismo lugar y no volvió a escuchar más la voz de Guy. Y entonces creyó el Prior todo lo que éste le había dicho. Pero antes de que todo eso ocurriera, el Prior le preguntó una vez más: “¿Podéis decirme si viviréis en el mismo cielo en el que viven los santos?” La voz respondió: “Señor, os lo dije anteriormente, no sé de qué manera se disponen las cosas allí porque no he estado en dicho lugar aún. Sin embargo, mi ángel me ha asegurado que iré al cielo por Pascua una vez cumplida mi penitencia, y después veré al Rey Celestial en toda su Majestad rodeado de todos sus ángeles y santos. Y yo le he contestado así: “Ah, Señor, pienso mucho en aquellos a los que he de encontrar allí. Bendito sea aquel que me ha concedido tal gracia.””

El Prior preguntó entonces: “¿Qué ayuda más a un alma a librarse más deprisa del sufrimiento del purgatorio e ir al cielo?” La voz no tardó en responder: “Lo que mejor puede ayudar a un alma a salir más deprisa del purgatorio son las misas que se offician en honor de los Santos y, sobre todo, de la pródiga María”. El Prior dijo: “Entonces creo que el Réquiem o el Oficio de los Difuntos de nada sirve frente a aquellas misas.” La voz respondió: “Todo lo contrario, el Réquiem, y no otros oficios, puede ser de gran ayuda a las almas cuando se reza frente a los hombres iletrados”. El Prior dijo:

“Habéis mencionado las misas más importantes que pueden ayudar a las almas del purgatorio. Ahora decidme, ¿Qué otras oraciones pueden aliviar su penitencia más deprisa?” La voz respondió: “Los Siete Salmos de la Letanía”. El Prior dijo: “Eso no es cierto, pues Dios estableció como las oraciones más importantes para provecho de los hombres El Pater Noster, el Ave, creado por los ángeles para la dulce María y el Credo, creado por los doce apóstoles. Los Siete Salmos creados por David o las obras terrenales hechas por los obispos y otros clérigos, se destinaron a los hombres que se han desviado del camino recto. Y bien sabemos que ni David ni los obispos, ni ningún otro hombre pueden compararse a Dios ni igualarse con los ángeles del cielo o los apóstoles. De modo que creo que no hay oraciones que redunden en mayor provecho de las almas que el Pater Noster, el Ave y el Credo de los apóstoles.”

La voz respondió: “Sin lugar a dudas, esas tres oraciones son sagradas, de gran ayuda y muy poderosas si consideramos quienes las crearon y, por lo tanto, habremos de rendirlas culto en misa por encima de las otras oraciones, pero señor, los Siete Salmos de la Letanía son hartos provechosos para las almas que sufren en el purgatorio dado que se ha decretado que cada salmo esté destinado a cada uno de los siete pecados capitales. Dejad que os lo explique: El primer salmo, si se recita de manera apropiada, está destinado a combatir la soberbia. Y para que entendáis esto, os recito lo siguiente. “Señor, no nos juzguéis encolerizado, Vos que hicisteis que Lucifer fuera expulsado del cielo al infierno por su soberbia.” Y al igual que este primer salmo, el resto de los salmos está destinado a combatir los seis restantes pecados capitales con la ayuda de todos los santos, que alcanzaron su estado de santidad bajo el amparo de dicha oración.” El Prior quiso rebatirle en seguida diciéndole: “Decidme, ¿Cuánto resulta de provecho a las almas el Oficio de los Difuntos junto con el “Placebo” y el “Dirige”?” La voz le contestó sin dilación y con enorme fuerza: “Ah, Prior, si supierais cuánto puede beneficiar a las almas el Oficio de los Difuntos, entonces estaríais deseoso de ofrecer esas oraciones benditas a vuestros hermanos que han muerto. Dejad que os hable, para mejor conocimiento vuestro, del misterio contenido en ellas. El “Placebo” contiene cinco salmos que han de recitarse únicamente en vísperas, en la mitad de cinco antífonas. Estas diez oraciones, una vez recitadas conjuntamente, sirven para sacar a la luz los Diez Mandamientos y hacer recordar al alma que Dios fue su principal creador, de modo que no se olvide Su recompensa final. Cuando se recitan los cinco salmos se convocan los cinco sentidos del alma con el fin de mostrar a ésta con gran rigor de qué manera ella hizo uso de ellos en vida y cómo, si los empleó en hacer el bien, puede reducirse parte de su penitencia en el Purgatorio. Las cinco antífonas que representan los cinco poderes del alma sirven para que ésta contemple en su camino el modo en que los puso al servicio de Dios. Después vienen los nueve salmos del “Dirige”, los cuales representan las nueve órdenes de los resplandecientes ángeles de las que formará parte el alma cuando se vea libre de toda culpa. En efecto, a ellas pertenecerá cuando sean recitados todos esos salmos. Le siguen las nueve antífonas y los tres versículos, que sirven para revelar al alma las doce verdades de la fe así como el modo que vivió la fe en la tierra cuando tuvo ocasión de ello, tal como le enseñó la Santa Madre Iglesia. Todas esas oraciones del Oficio de los Difuntos pueden

hacerle un gran bien al alma. Y las nueve lecciones que corresponden a nueve grados específicos las acompañarán, pues cada alma necesita una de estas nueve lecciones con su grado, bien sea joven o viejo, pobre, rico, o puro de corazón, casado o viudo, lego o culto. No importa. Todas las almas tendrán la lección que les corresponde, la cual habrá de proporcionarles bienestar según su grado. Y la lectura de los nueve responsos hará que reciban una gran recompensa. Los cinco salmos de los “Laudes” en conjunto simbolizan los cinco sentidos, los cuales sirven de ayuda a cada alma redimida. Estos mismos sentidos colman al alma de poder y fuerza y se aseguran de que el alma hace buen uso de ellos en su camino. Los cinco himnos que siguen sirven para guiar y ayudar al alma a lograr las cinco fuerzas que Dios concede a todas las almas. Dios, desde el comienzo de este mundo, concede tres fuerzas al alma de cada hombre que hace posible que ella sienta y actúe como la divinidad mas otras dos fuerzas a su cuerpo que no prestan ayuda al alma, sino que hacen que el hombre sea como el resto de las criaturas de Dios. Con ayuda de la razón os digo que el alma, en primer lugar, se ha hecho para sentir como Dios. En segundo lugar, para alcanzar la misma comprensión que el Hijo de Dios. Y en tercer lugar, para poseer la fuerza de voluntad que posee la Santa Madre Iglesia. También os digo que el alma, debido a que yerra y se desvía del camino, es como una criatura irracional. Además, el alma es inerte como una piedra, siente como una bestia y, según nos enseñan los clérigos, vive como los árboles y posee el entendimiento de los ángeles buenos. Las fuerzas del alma conviven en armonía cuando se lleva a cabo el Oficio de Difuntos por las almas. Del mismo modo, el salmo del “Benedictus” y del “Magnificat” ayudan a las almas a librarse de todo mal y a hacerlas saber que, cuando cese su penitencia en el purgatorio verán a Dios en toda su divina majestad y como hombre y permanecerán en la gloria celestial para siempre. Los dos himnos que acompañan a los salmos pueden ser recitados por los ángeles a un lado y por los santos a otro. Todos ellos por igual moran con las almas en el cielo. Las colectas de los hombres en misa se consideran obras de gracia que conceden las almas redimidas a Dios con toda su buena voluntad. De modo que cuando se vean libres de todo pecado vivirán en el cielo para toda la eternidad. Así pues, Señor Prior, todas esas oraciones ayudan a las almas.”

Cuando acabó la voz de hablar, todos se alegraron y mostraron su complacencia por todo lo dicho, pero el espíritu comenzó entonces a entristecerse mientras decía lo siguiente: “Preguntadme en breve todo lo que deseáis. Mi tiempo se acaba y pronto habré de volver al purgatorio a continuar con mi penitencia.” El Prior dijo entonces: “Ya que debe cumplirse lo que decís, quisiera preguntaros si hay algo que podamos hacer por vos antes de que os marchéis.” La voz le pidió con humildad: “Recitad por mí cinco veces los gozos de Nuestra Señora, pues eso podría ayudarme mucho.” Todos los presentes se mostraron de acuerdo y de rodillas se postraron para recitar con suma devoción y obediencia: “Gaude, virgo, mater Christi” junto con los cinco versos siguientes.

El espíritu se alegró enormemente por ello y les agradeció a todos el gesto diciendo: “Con vuestros rezos habéis aliviado algo mi dolor y habéis hecho que pueda seguir

hablando con vosotros.” El Prior preguntó: “¿Podéis decirme qué es lo que causa más daño a los demonios del infierno?” El espíritu le respondió en seguida: “El sacramento del cuerpo de Dios. Allí donde se halle el cuerpo de Dios, allí habrán de honrarlo los demonios como todos los demás.” El Prior dijo: “Entonces creo que todos los espíritus pueden verlo cuando está en el altar.” La voz respondió que los espíritus, por la naturaleza que poseen, ven todas las cosas mucho mejor que los hombres. El Prior preguntó: “¿Pueden los demonios causarle algún daño o perjudicarlo de alguna manera?” La voz respondió: “No, a menos que el sacerdote sea impuro, se halle en pecado mortal o haya cometido algún otro pecado. El demonio ejerce un enorme poder en tales sacerdotes y puede causarles mucho daño en la misa si éstos se hallan en pecado. Y no es que acuda a ellos de ordinario con el fin de humillarlos, pero si se entera de que los sacerdotes llevan una vida apartada del buen camino, entonces deseará que una y otra vez oficien la misa en pecado para poder así aumentar su tormento llegada la ocasión. Por lo tanto, el demonio se alegra mucho de su comportamiento pecaminoso.”

El Prior le preguntó de nuevo sin dilación: “¿No hay ningún ángel que pueda proteger al altar de cualquier mal mientras se halla allí el cuerpo de Dios y avisar de ello al sacerdote con cautela?” La voz respondió: “Si, los hay, pues si no estuvieran presentes los ángeles bondadosos, entonces los malos espíritus acosarían al sacerdote, inculcarían en su mente malos pensamientos y evitarían que éste honrase el cuerpo de Dios como es debido.” El Prior dijo: Me gustaría saber qué remedio existe para protegerse contra la maldad de los demonios.” La voz le respondió: “Os lo diré. Si el sacerdote que se halla en presencia de Dios es puro de pensamiento y recita sus oraciones siendo limpio de corazón, entonces no habrá demonio que pueda hacerle daño”. El Prior le preguntó: “No existe ninguna oración que pueda recitar el sacerdote antes de officiar la misa y que pueda evitar todo mal?” La voz respondió: “El sacerdote dispone de la oración “Summe Sacerdos”, que compuso San Agustín, y que el sacerdote puede recitar con devoción cada día antes de officiar la misa con el fin de librarse de cualquier mal y evitar que los demonios lo dañen.” Seguidamente el Prior le preguntó si alguna vez había visto el sacramento del cuerpo de Dios tal como había partido de este mundo. La voz respondió: “Si, ahora puedo verlo en vuestro pecho en una pequeña caja que habéis traído con vos y que suele mostrarse en el altar durante la misa.” Al escuchar esto, todos los presentes se sorprendieron puesto que nadie sabía que el Prior poseía con él el cuerpo de Dios que solía mostrar en la misa.

El Prior dijo: “Entonces quiero saber porqué, sabiendo vos que el cuerpo de Dios se halla aquí, no lo honráis como debierais ya que, como decís, todas las criaturas han de honrarlo como se merece.” La voz respondió: “Aunque no os dierais cuento de ello, comencé a honrar el cuerpo de Dios con todas mis fuerzas, según lo permite mi estado, desde el momento en que lo vi con vos.” El Prior sacó entonces de su hábito el bendito sacramento y le dijo al espíritu: “Si creéis firmemente que se trata del cuerpo bendito de Dios y reconocéis que todo espíritu ha de postrarse ante él debido a su enorme poder, os ordeno, por tanto, que me acompañéis a paso ligero a la puerta de entrada de

este lugar”. La voz respondió: “Estoy obligado a hacerlo de este modo, pero a vos no habré de seguiros, sino que seguiré con alegría al Señor que sostenéis en vuestras manos.” Entonces el Prior se dirigió a la puerta de entrada de la casa junto con todos sus hermanos. Luego miró a su alrededor y no vio al espíritu, pero sintió que estaba allí por el ruido que hacía; ruido que era semejante al que hace una escoba al barrer.

Después el Prior habló de esta manera: “Ahora, espíritu, mostraros ante nosotros tal como sois.” Pero el espíritu no respondió nada. Seguidamente el Prior y sus hermanos se dirigieron hacia la estancia donde se encontraba la viuda, la cual yacía muy enferma en su lecho. La voz les acompañó también hasta aquella estancia. Allí la mujer comenzó a rechinar los dientes, a hacer todo tipo de muecas espantosas y a chillar como si hubiera perdido el juicio. Todos los que se encontraban en aquella estancia se quedaron atónitos y mudos, se entristecieron mucho ante aquella escena y se compadecieron del terrible dolor de aquella mujer. Esto hizo que todos cuanto pudieran se acercaran a aquella casa para ser testigos de tan singular suceso. La mujer yacía tendida en su lecho como si estuviera muerta. Cuando el Prior asistió a todo aquel sufrimiento pensó que la desgracia se había apoderado de aquella casa. Sin embargo, permaneció calmado y a la voz le dijo así: “Por el poder de la Pasión de Cristo, decidme ahora el motivo por el que sufre tanto vuestra esposa.” La voz respondió con enorme tristeza: “Ella lo sabe tan bien como yo.” Entonces el Prior se dirigió buenamente a la mujer diciéndole: “En el nombre de Dios, señora, os lo ruego, decidme qué os sucede.” Ella continuó sin moverse y no dijo nada. Y quienes se encontraban cerca de su lecho se limitaron a mirar y a esperar a que cambiase de parecer y se decidiera a hablar. Otros se pusieron a llorar por ella. Al cabo de unos minutos la mujer se levantó, se puso de rodillas y llorando comenzó a decir: “Señor Jesús, ya que me redimisteis del pecado original, tened compasión de mí y ayudadme sin demora.” Al ver esto, el Prior se dirigió al espíritu: “¿Qué causa tanta turbación a vuestra esposa?”

La voz le respondió: “Ya os he dicho que ella conoce la razón de ello y que si deseáis saberlo, preguntádselo a ella vos mismo.” El Prior no tuvo más remedio que dirigirse de nuevo a la mujer y tras amonestar su manera de proceder le dijo: “Si deseáis libraros de aquello que tanto os aflige, decidme el motivo de vuestro sufrimiento y yo os libraré de él.” La mujer permaneció callada y no le contestó nada. El Prior se sorprendió de su silencio y una vez más se dirigió al espíritu: “Escuchad, criatura, yo os ordeno por el poder de Dios y su divina majestad, por el poder de su cuerpo, por su madre, la dulce María, por la leche que lo alimentó, por las muchas lágrimas que derramó por Él cuando vio a su Hijo sacrificado, y por todos los santos, que me hagáis saber la causa de la aflicción de vuestra esposa.” La voz le respondió de esta manera: “Todo su sufrimiento es debido a un pecado antinatural que ambos cometimos en este mismo lecho poco antes de mi muerte y del cual fuimos absueltos tras la confesión. Sin embargo, no cumplimos con nuestra penitencia. Así pues, hemos de pagar por nuestro pecado.”

El Prior dijo: “Ahora, antes de que os marchéis, reveladme cuál fue el pecado que cometisteis y que, parece ser, los hombres casados no han de cometer ni de obra o pensamiento bajo ningún concepto.” La voz respondió: “Dios no desea que os confiese tal pecado que el mismo ha perdonado, pues de él fuimos absueltos mi esposa y yo tras la confesión. En cuanto al castigo y a la pena impuesta, sabed que ha de hacerse lejos de la mirada de Dios y sin que lo sepan los hombres o no obtendremos el cielo. Lo que podéis hacer es hablarles a los hombres casados y conminarles siempre a que respeten los deberes del matrimonio con todas sus fuerzas, tanto de día como de noche porque existen muchos casos ordinarios en los que se incumplen tales deberes. Los hombres sabios comprenden perfectamente que esto ocurra. No obstante, lo principal es que Dios me ha permitido hablar con vos para que os diga que es posible que los seres humanos se enmienden y dejen de pecar en sus vidas”. La mujer, con lágrimas en los ojos, y con el ánimo abatido, comenzó a hablar así: “Noble Guy, por el amor que me profesáis, decidme si me salvaré o, si por el contrario, habré de sufrir para siempre por causa del pecado que mencionasteis antes y que, yo bien sé, no llegamos a purgar ante los ojos de Dios.” El espíritu dijo: “No temáis nada. La penitencia está a punto de terminar y vos, sin duda alguna, os vais a salvar.” Al escuchar esto, la mujer se alegró mucho y postrándose de rodillas, rezó un Pater Noster y un Ave, pues amaba a Dios en cuerpo y alma.

Después, el Prior se dirigió a ella: “Señora, no olvidéis en vida dar limosnas porque las limosnas pueden limpiar los pecados.” Al escuchar tales palabras, el espíritu habló y dijo: “Señora, por caridad, cuando deis limosnas pensad en mí a fin de que podáis aliviar algo mi dolor.” El Prior preguntó entonces al espíritu porqué no se había mostrado primero a los religiosos para contarles su historia en lugar de haberse aparecido antes a su esposa, ya que él pensaba que ellos, según añadió, estaban más cerca de Dios que cualquier mujer y, por consiguiente, podían entender mejor sus palabras de lo que podría hacerlo una simple mujer. La voz respondió: “Actué de este modo en vida porque yo amé a mi esposa más que a nadie y cuando se me condenó a purgar mi penitencia en el purgatorio, pedí licencia a Dios para que, por Su infinita bondad, pudiera ayudarla a limpiar sus pecados y por Su infinita bondad, se me concedió licencia para acosar y atormentar a mi esposa mientras viviese para evitar su condenación y para que no tuviera que cumplir penitencia alguna por sus pecados en el purgatorio como me ha ocurrido a mí.” El Prior le preguntó: “¿Cuánto tiempo habréis de padecer vuestra dura penitencia?”

El espíritu respondió: “Como ya os dije, creo que hasta Pascua, que, por cierto, ya está por llegar. En Pascua terminará mi penitencia y podré ir al cielo.” El Prior dijo: “Me sorprende que podáis hablar al carecer de lengua.” La voz respondió: “¿Acaso habéis visto alguna vez a algún carpintero realizar sus obras sin un hacha? Éste siempre llevará consigo un hacha para cortar un árbol; un hacha que no actuará por sí mismo, es decir, sin el impulso de su mano. Del mismo modo, el hombre es incapaz de hablar si no tiene lengua. Sin embargo, aunque tenga lengua no podrá decir nada sino es con la ayuda del pensamiento, esto es, siempre con la ayuda del alma que guía todo lo que

dice la lengua. Por lo tanto, prestad atención a esto, el cuerpo no es sino un instrumento del alma, como podéis observar, y el alma por sí misma posee libremente todas las facultades de la fuerza y del pensamiento. Tales dones han sido otorgados al alma por naturaleza. Así pues el hombre es capaz de hablar perfectamente sin obtener ninguna ayuda del cuerpo. Y es falso aquello que se dice de que no se puede expresar aquello que procede del pensamiento a menos que se tenga boca y lengua, pues las Sagradas Escrituras afirman con gran juicio que Dios y su cohorte de ángeles resplandecientes pueden hablar sabiamente tanto a jóvenes como a ancianos sin necesidad de que tengan ni lo uno ni lo otro. En consecuencia, cualquier espíritu y yo podemos hablar sin problemas incluso careciendo de lengua.” El Prior le preguntó después acerca del lugar donde, después de la muerte del cuerpo, habitan las almas hasta el día del Juicio Final, momento en que, en palabras del espíritu, “Sabrán pronto si irán al cielo o al infierno.” El espíritu respondió diciendo: “Poco antes de morir el alma verá y oirá claramente todos los actos cometidos por el hombre, después verá a los espantosos demonios y a los resplandecientes ángeles, y, a continuación, le sobrevendrá una gran angustia ante la incertidumbre de saber si irá al purgatorio universal de todas las almas, al purgatorio individual, al infierno, o al cielo.” El Prior entonces con suma cortesía preguntó al espíritu cuando se dirige el alma, al salir del cuerpo, al cielo, al infierno, o al purgatorio.

La voz le respondió del siguiente modo: “Eso sucede en seguida. Al salir el alma del cuerpo se dirige sin demora allí donde tiene que ir, como cuando el sol sale y la luz, que se desprende del mismo, alcanza pronto cada nación, pasando por encima de la Tierra a menos que se tope con algo en el camino. Lo mismo le ocurre al alma cuando muere el hombre, ésta se dirige al lugar que le corresponde. Si tiene que ir al cielo o al infierno lo hará rápidamente, pero si ha de ir al purgatorio, lo hará lentamente a fin de obtener alguna ayuda. Si el alma posee un amigo leal en este mundo que mande oficiar una misa por él, rece u ofrezca limosnas, entonces ésta esperará en el aire hasta que reciba la recompensa de las oraciones ofrecidas al difunto. Gracias a la bondad y lealtad de su amigo, su penitencia en el purgatorio será menor. Las buenas obras que no se hacen esperar son las que más pueden ayudar al alma. En relación con esto, dejad que os cuente un suceso acaecido en esta misma ciudad. No hace mucho murió un fraile que fue condenado a ir al purgatorio universal, pero antes de morir pidió a sus hermanos que oficiasen unas misas por su alma y en honor de Nuestra Señora. Y tal como él les pidió, así lo hicieron. Y después ocurrió que cuando murió el fraile, su ángel ordenó a su alma que se dirigiera al purgatorio universal para permanecer allí tres meses debido a su conducta en vida y entonces Nuestra Señora, la Virgen María, rogó a su Hijo que el alma del fraile estuviese en el aire y esperase ayuda, la cual vendría determinada según las obras ofrecidas en su nombre. Y estando de acuerdo Dios, dos horas estuvo el alma en el aire. Y gracias a Su misericordia, a los ruegos de su generosa madre, y a las obras que se hicieron en memoria del fraile, éste estuvo muy pronto en el cielo.” El Prior preguntó al espíritu seguidamente: “¿Qué obras pueden ayudar al alma a alcanzar el cielo más rápidamente?” La voz le respondió: “Las obras

de caridad que se hacen como Dios manda y por amor a nuestros hermanos en Cristo. Por medio de tales obras Dios será honrado.”

El Prior le respondió: “Si podéis, decidnos quienes son los que van al purgatorio a cumplir una penitencia.” El espíritu respondió: “Sólo los que han pecado y habrán de salvarse alguna vez llegan a ese lugar a cumplir una penitencia según lo que hayan hecho en vida.” Después el Prior le pidió al espíritu que le hablase de aquellas almas que se había encontrado en el purgatorio que mejor se habían comportado en la tierra. La voz le respondió: “Señor, es verdad, y las Sagradas Escrituras dan fe de ello, que ningún hombre debería alabar a otro, tanto si ha hecho el bien o el mal, ya que no se ha de encomiar la vida de ningún hombre a menos que ésta haya tenido un final provechoso. En verdad, nadie sabe en este mundo si será digno de amor o de odio, ni si sus obras serán juzgadas buenas o malas, hasta el Día del Juicio Final. Sólo entonces se sabrá con certeza si se es digno del cielo o del infierno.” El Prior le volvió a preguntar: “¿Cuál es la mejor condición social o estado para ganar el cielo en la tierra?” La voz le respondió: “Cada condición social o estado posee cosas que son dignas de alabanza y otras que no lo son tanto. Sin embargo, no voy a encomiar ninguna de ellas ni tampoco a desacreditarlas. Sólo voy a decir que cada hombre, según su condición o estado, ha de servir a Dios con todas sus fuerzas.” El Prior preguntó al espíritu con firmeza si Dios era compasivo con aquellos que se hallaban en el purgatorio. El espíritu respondió: “Sí, lo es, sin duda alguna. Dios suele perdonar a muchos una cuarta parte de su penitencia; a otros la tercera parte; y a otros tantos la mitad de ella. Todo esto es así gracias a las oraciones, y a las obras que ofrecen y realizan sus propios amigos. Gracias a todo esto las almas pueden cumplir su penitencia con rapidez. Los amigos vivos de aquellas almas pueden aliviar la penitencia que se les ha impuesto junto con las oraciones de los ángeles y de los santos que habitan en el cielo.” El Prior dijo: “Os lo ruego, decidme, ¿Qué clase de penitencia os ha sido impuesta en el purgatorio?” La voz respondió: “Os lo voy a decir. Debo soportar un fuego horrible que me consume y que nada puede sofocar.”

El Prior le contestó: “Ahora sé bien que no sois un verdadero espíritu y os voy a decir por qué. Como sabéis, Dios no actúa contra las leyes de la naturaleza, pues si lo hiciera, sus obras se destruirían pronto. El fuego es un elemento terrenal, y vos, como espíritu, sois espiritual, y las cosas terrenales no ejercen poder alguno sobre las cosas espirituales. Según esto, el fuego nada puede hacer contra vos.” La voz respondió: “Señor, os equivocáis al juzgarme un mentiroso dado que no os he dicho ninguna mentira. No obstante, habéis dicho que las cosas terrenales no ejercen ningún poder sobre las cosas espirituales. A este respecto, os respondo lo siguiente: Vos sabéis, a ciencia cierta, que los demonios han sido condenados a habitar en el fuego para siempre y que ese mismo fuego es tan terrenal como el fuego del purgatorio que atormenta a los demonios del infierno. No olvidéis lo que Dios dice en el Evangelio cuando se dirige a los demonios y a los condenados en el Día del Juicio Final: “A vosotros, espíritus turbados, os ordeno que vayáis al fuego que no se consume jamás, el cual se ha hecho para el diablo y sus ángeles”. Y cuando decís que Dios no actúa en

contra de las obras que ha hecho, os digo que El puede, como muchos han visto, actuar contra las leyes de la naturaleza haciendo milagros, como aquel que acaeció a tres niños que fueron sentenciados a morir en el fuego. En las Sagradas Escrituras podéis leer sus nombres: Sidrach, Misach, y Abdenago. Aquellos niños fueron arrojados con gran violencia a una caldera de fuego, mas fue voluntad de Dios que el fuego nada les hiciera y que en la caldera permanecieran sanos y salvos mientras alababan Su poder. En aquel lugar Dios les salvó de morir abrasados. De la misma manera, el Altísimo ha dispuesto que el fuego no me destruya, sino que me atormente a causa de mis pecados.”

El Prior le dijo: “Puesto que decís que el fuego voraz y ardiente os consume siempre, creo entonces que el fuego que os rodea acabará por quemar esta casa y a todos los que se hallan en ella.” La voz contestó: “Ahora sé que la razón no podrá convenceros de nada, aunque os haya dicho que Dios pueda hacer que el fuego no haga daño a los que El desee cuando sea Su voluntad, tal como le ocurrió a los tres niños que mencioné antes. Pero pensad en los rayos de las tormentas que, como dicen los clérigos sabios, pueden aparecer naturalmente cerca de todas las cosas sin llegar a quemar ni casas ni a hombres; o en el sol cuando atraviesa las ventanas de vidrio sin romperlas. Igualmente puede cualquier espíritu llameante entrar y salir de cualquier lugar sin quemar a los que se hallen cerca de él ni tampoco a sus casas, ropajes, u otros enseres. En esta casa yo puedo estar sin causar daño alguno. Y quiero que entendáis bien esto: Si todas las casas de un país o de cualquier lugar ardieran al mismo tiempo, el fuego que produjeran no sería tan intenso y ardiente como el que yo he de sufrir día y noche.” El Prior le preguntó al espíritu después si él creía en que Dios se había encarnado en Jesús. La voz le respondió con muy malos modos y gritando: “Ah, Señor Prior, ¿Quién no ha oído hablar de la Encarnación de Dios? ¿Quién no sabe lo que dijeron, a este respecto los ángeles? ¿Quién no conoce aquello que aceptan los demonios de buen grado? ¿Quién no conoce aquello por lo que sufren las almas? Ay de aquellos que no crean en ello porque entonces habrán de sufrir grandes tormentos. No teníais que haberme preguntado eso. En las Sagradas Escrituras, en el Evangelio de Cristo puede leerse que: “Aquel que crea en mí y sea bautizado se salvará.” Y también que: “Aquel que no crea que Cristo se hizo hombre será condenado para toda la eternidad.” Seguidamente le preguntó el Prior: “¿Cómo es que Dios ha permitido durante mucho tiempo que los sarracenos, judíos, y paganos no crean en la Encarnación de Cristo?” Entonces la voz le respondió de este modo: “No se trata de si Dios quiere esto o lo otro o de si es su voluntad o no, y, por lo tanto, no está en mí preguntar los motivos que tiene Dios para cada cosa puesto que yo no me ocupo de sus asuntos divinos. No sé porqué Dios permite que los judíos, sarracenos y paganos no crean en la Encarnación de Cristo. Quizá para que los cristianos puedan combatirlos en defensa de la fe cristiana o quizá para que los cristianos, llevados por una fe verdadera, aumenten sus méritos contra ellos ante los ojos de Dios.” El Prior le preguntó seguidamente: “¿Podéis decirme cuales son los pecados más comunes entre los hombres?”

La voz le respondió así: “Los pecados que más disgustan a Dios y a sus resplandecientes ángeles son: la soberbia, la lujuria, la avaricia, y la usura. Y existen tres pecados en particular por los que Dios ejecuta su castigo sin demora. Uno de ellos tiene que ver con la decisión de un hombre y de una mujer de vivir juntos sin temor a Dios de ninguna clase, sin haber pasado antes por el Sacramento del matrimonio otorgado por la Santa Madre Iglesia o, si se han casado por la iglesia, que rompan su matrimonio por una u otra razón. Esto constituye un gran agravio para Dios. El siguiente pecado no lo voy a mencionar pues es bien conocido de los clérigos. El tercer pecado es algo espantoso pues lo constituye el asesinato con perjurio.” Después de acabar la voz de decir esto, la mujer le dijo al Prior que le pidiera al espíritu que dejara de acosarla por el amor de Dios. El Prior le dijo entonces al espíritu: “Yo os ordeno, en nombre de Dios Todopoderoso y de todos los santos, si sois creyente, que dejéis de acosar a vuestra esposa y la permitáis vivir en paz.” El espíritu respondió: “Dejaré de hacerlo siempre y cuando ésta lleve una vida virtuosa como viuda y mande oficiar por nosotros dos trescientas misas. Cien en honor del Espíritu Santo o de la Trinidad, cien por Nuestra Señora, cincuenta por el alma de los difuntos, y otras cincuenta en honor de San Pedro, el apóstol amado.”

Al terminar de hablar el espíritu, la mujer accedió hacer todo cuanto éste le había pedido y se fue a ver a los frailes, sacerdotes y monjes de la ciudad para pedirles que oficiasen las trescientas misas en un día. Y cuando las misas fueron oficiadas, el espíritu dejó de acosarla. En cuanto al Prior, éste le pidió al espíritu que le contestase dos preguntas más. La primera de ellas inquiría por el momento en que el Anticristo vendría y asediaría a los cristianos. El espíritu le respondió: “No me corresponde a mí revelar los asuntos secretos de Dios. No es, por lo tanto, una pregunta que yo deba contestar.” El Prior le dijo entonces al espíritu: “Ahora que lo pienso, vos sabes oír bastante bien las cosas que os estoy diciendo.” El espíritu le respondió: “Sí, desde luego.” Y el Prior se dirigió a él nuevamente: “Luego si podéis oír es que poseéis orejas y, por lo tanto, sois un ser material y no un ser espiritual, como habéis dicho anteriormente.” La voz le respondió con firmeza: “Las Sagradas Escrituras revelan que allí donde se halla el Espíritu Santo, éste es capaz de inspirar la voz. Y su voz puede escucharse por todas partes sin que se sepa de dónde viene y adónde irá.” Y al terminar de decir esto, el espíritu se marchó repentinamente sin decir nada más. Y como era la hora de vísperas, el Prior pidió a todos los presentes, en nombre de Dios, que se marchasen allí donde tuviesen que ir, y que allí donde fueran, si se les preguntase por este caso singular, dijieran la verdad de todo lo acontecido, tal como se ha referido en este poema. Y rápidamente se fueron todos a sus casas. Después el Prior aconsejó a la mujer que se mantuviese honesta y virtuosa, como le había pedido el espíritu. Y seguidamente, le pidió que hiciera que un sacerdote rezara sin cesar todos los días en aquel lugar por el alma de Guy desde ese mismo día hasta Pascua. La mujer hizo de buen grado lo que el Prior le había pedido y mandó llamar a un sacerdote alegremente, pero a su casa no volvió a acercarse por miedo. Y al duodécimo día después de Navidad, que los clérigos llaman el día de la Epifanía, acudió ésta con premura a ver a los frailes y al Prior que tanto bien le había hecho. Y él dispuso que

todos sus hermanos fueran de nuevo a la casa de la mujer para saber más acerca de aquel portentoso.

El Prior escogió religiosos entre los agustinos y los franciscanos hasta alcanzar un total de veinte frailes, sin contar los sacerdotes diocesanos. Y cuando estuvieron listos se dirigieron todos a la casa de Guy con buena disposición de ánimo. Al entrar en la casa el Prior y sus hermanos rezaron el “Placebo” y el “Dirige” en honor del alma del difunto. Y cuando llegaron al “Requiescant in pace” escucharon una voz, tal como había sucedido la ocasión anterior, semejante al ruido que hace una escoba al barrer el suelo. Algunos frailes se asustaron de la voz y el Prior se dirigió a ella diciendo: “Yo os ordeno con fuerza y aplomo, en nombre de la sangre de Cristo, que os detengáis en este lugar y respondáis a todo lo que se os pregunte.” La voz respondió al Prior con palabras mansas, como si procedieran de un hombre enfermo: “¿Por qué me molestáis ahora? No hace mucho que os respondí a todo aquello que me preguntasteis. ¿Qué más deseáis saber?” Entonces uno de los frailes más sabios que allí se encontraba le dijo: “Decidnos si ha cesado ya vuestra penitencia o si seguís sufriendo vuestro castigo.” La voz le respondió: “Amad a Dios por su infinita gracia. Gracias a Su bondad y a las misas que se me han ofrecido he salido del purgatorio común. Allí no regresaré más.” Aquel mismo fraile le volvió a preguntar: “¿Cuál es vuestra penitencia ahora?”

La voz le respondió: “Sigo sufriendo las llamas de un fuego ardiente.” El fraile le dijo: “Decidnos si hay algo que os pueda ayudar a libraros de ellas.” La voz le contestó: “No. Debo sufrirlas un poco más.” El Prior se dirigió entonces a la voz: “Escuchad, he reunido a todos estos frailes para que sean testigos de vuestras palabras y de vuestros portentosos y para que podamos referir vuestro caso al Papa llegado el momento. Así pues, decidnos algo que nos maraville y que sea una gran verdad.” La voz le respondió: “Bien sabéis que yo no soy Dios. Sólo El y sus ángeles pueden obrar grandes portentosos. No obstante, voy a enseñaros lo siguiente: Si deseáis que vuestros sermones al pueblo sean mejores, predicad contra el pecado de simonía, contra la usura, el asesinato, el perjurio, el adulterio, y el falso testimonio. Y os advierto que a menos que se deje de pecar, el castigo de Dios será inevitable. Si no hubiera sido por las oraciones de la dulce María, Su bondadosa madre, y de los santos, ya hubiera actuado Dios de manera implacable contra la humanidad en numerosas ocasiones a causa de sus pecados. Y vosotros seréis castigados también a no ser que prediquéis contra el pecado porque en estos tiempos el pueblo se inclina más en pecar que en seguir las enseñanzas de Dios. Por ello, la humanidad sufrirá mucho.” Después le preguntó el Prior cuántos Papas de Roma vendrían desde ese momento hasta el Día del Juicio. La voz le contestó: “No sé nada de lo que va a pasar en el futuro. Por lo tanto, no podré deciros cuántos Papas habrá o lo que sucederá a partir de ahora, ni tampoco lo que ha sucedido ya. Así pues, seguid todos vosotros vuestro camino y no olvidéis rezar mucho y con firmeza por todas las almas que sufren porque, escuchad bien lo que os digo, ni la Santa Madre Iglesia ni los clérigos rezan ya por las almas de

los cristianos que han muerto con la predisposición con la que solían hacerlo antes. Mi consejo es que esto cambie o, a la larga, lo lamentarán con gran pesar.”

Al terminar de decir esto, la voz calló y los que allí se encontraban no volvieron a escucharla jamás. Después se marcharon y le contaron al Papa Juan XXII todo lo que había sucedido. Para Pascua el Papá envió a sus propios hombres a averiguar la verdad de aquel suceso. Aquellos hombres pudieron hallar la casa de Guy, pero no supieron nada de su espíritu. Por ello se supo con toda certeza que Guy, tal como les había dicho, había subido a los cielos, a ese lugar lleno de paz y de felicidad. Y hasta que nos llegue a nosotros ese momento, rogamus que Cristo nos ayude en este valle de lágrimas por intercesión de Su madre, la Virgen María. Amen.

FIN DEL ESPÍRITU DE GUY

Referencias bibliográficas

Manuscritos

Bodleian Library MS Rawlinson Poet. 175 (SC 14667), fols. 96r-108v. [c. 1350]

British Library MS Cotton Tiberius E. vii, fols. 90r-101r. [c. 1325-50]

Versión electrónica en <http://www.lib.rochester.edu/camelot/teams/ggfrm.htm>

Bibliografía

Bowers, R. H. *The Gast of Gy: A Middle-English Religious Prose Tract Preserved in Queen's College, Oxford, MS. 383*. Beiträge zur englischen Philologie 32. Leipzig: B. Tauchnitz, 1938.

Eleazer, Ed. "*The Gast of Gy: An Edition of the Quatrain Version with Critical Commentary*." Ph.D. Dissertation: Florida State University, 1984. *DAI* 45.9A (1985), p. 2868A.

Gardiner, E. *Visions of Heaven and Hell before Dante*. Italice Press, 2009 (Paperback).

Greenblatt, Stephen. *Hamlet in Purgatory*. Princeton: Princeton University Press, 2001. [Paperback rpt. 2002.]

Kaluza, Max. Rev. of *The Gast of Gy*, ed. Gustav Schleich. *Literaturblatt für germanische und romanische Philologie* 10 (1900), 330-34.

Seymour, St. John Drelincourt. *Irish Visions of the Otherworld: A Contribution to the Study of Mediæval Visions*. New York: Macmillan, 1930.

Schmitt, Jean-Claude. *Ghosts in the Middle Ages: The Living and the Dead in Medieval Society*. Trans. Teresa L. Fagan. Chicago: University of Chicago Press, 1998.